

"Madrid"  
30. III. 55.

Página 10



# LA VIDA <sup>Y las</sup> LETRAS

POR LUIS ANTONIO DE VEGA

## PIO BAROJA Y EL PREMIO NOBEL

Marino Gómez Santos, el benjamín de las Buenas Letras Españolas, abogaba en estas páginas de MADRID por que el premio Nóbel fuese concedido a uno de los dos grandes de nuestra literatura actual, a Pío Baroja.

Encuentro muy plausible la iniciativa, y no digo que debemos apoyarla con nuestras firmas, con artículos o de cualquier otra manera que juzguemos eficaz hacerlo, porque no soy amigo de entablar gestiones que están condenadas al fracaso. Si lo que se pretende es testimoniar a don Pío nuestra convicción de que es a él a quien debiera en justicia ser otorgado el premio Nóbel, en ese caso sí, y a quienes juzgo que compete recoger la mencionada iniciativa de Marino Gómez Santos es a los miembros de la Academia Española, compañeros de don Pío.

En el testamento de Nóbel existe esta disposición:

«Es mi deseo expreso que al conceder los premios no debe prestarse consideración alguna a la nacionalidad de los candidatos.»

Disposición que ni se ha tenido ni se tiene en cuenta. Entre los cuatro países escandinavos tal vez no alcancen una población de 15 millones de habitantes, las lenguas que en ellos se hablan son de las menos difundidas de Europa. Se han obsequiado a sí mismos con 28 premios Nóbel. España, con una tradición literaria igual, y en algunos aspectos superior, a la de Francia, Inglaterra e Italia, no tiene más que un premio Nóbel y medio, pues uno de los dos fué repartido, y no recuerdo si el otro también, en cuyo caso contaríamos con dos medios premios Nóbel.

Javing Wallace escribió que los suecos, que otorgan este lauro, han sido antiamericanos en literatura. En principio, son antitodo lo que no sea escandinavo y, destacadamente, antiespañoles. Es cierto que aquí tenemos tendencia a mezclar el oro y la zaborra, pero quizá no más que en otros países.

Dos de los premios Nóbel se otorgaron a pintorescos personajes, a dos daneses; uno de ellos, Karl Gjellemp, fué, durante muchos años, de profesión ateo. Luego se hizo budista. Fantasía bastante recortada. Era lo que se les solía ocurrir a unos medio analfabetos que comían zanahorias, estudiaban el volapuc y por la noche se entretenían zarandeando veladores de tres patas. Habría resultado más original que, en vez de budista, se le hubiera ocurrido hacerse, por ejemplo, «ñáñigo».

El otro premio Nóbel se lo dieron a Joammes V. Jerven, autor de una desconcertante obra de investigación que, a pesar de su presunta seriedad, hizo reír bastante en su tiempo: «Cristóbal Colón es danés».

«Ambos individuos eran internacionalmente no conocidos».

En la Academia Sueca ofrecen resistencia para admitir que existan grandes figuras literarias fuera de los países escandinavos. No les «suenan» nombres como Marcel Proust, Thomas Hardy, Ranier Maria Rilke, Ramón del Valle Inclán, Benito Pérez Galdós, George Meredith, John Mansfield, Wenceslao Fernández Flórez, Guareschi, Joseph Conrad, Pío Baroja...

Posiblemente los han oído alguna vez; pero no creen que tengan—o tuvieran en vida—la talla del ateo budista Gjellemp, seguro degustador de zanahorias.